Lugares de memoria y cultura material. Las identidades profesionales y la salud en la España contemporánea

Joaquim M. Puigvert
Alfons Zarzoso
(eds.)

SALUT
CULTURA
SOCIETAT

UdG

Lugares de memoria y cultura material. Las identidades profesionales y la salud en la España contemporánea

SALUT
CULTURA
SOCIETAT

Lugares de memoria y cultura material

Las identidades profesionales y la salud en la España contemporánea

Joaquim M. Puigvert
Alfons Zarzoso
(eds.)

Dades CIP recomanades per la Biblioteca de la UdG

CIP 61(460)(09) LUG

Lugares de memoria y cultura material : las identidades profesionales y la salud en la España contemporánea / Joaquim M. Puigvert, Alfons Zarzoso (eds.). – Girona : Universitat de Girona – Edicions UdG : Documenta Universitaria, octubre de 2026. – 1 recurs en línia (352 pàgines) : il·lustracions ; cm. – (Salut, Societat, Cultura)
Conté: Los lugares de memoria: reflexiones sobre un concepto historiográfico / Stéphane Michonneau ... – Descripció del recurs: 6 octubre 2026
ISBN 978-84-8458-823-8 (Universitat de Girona). ISBN 978-84-9984-763-4 (Documenta Universitaria)

I. Puigvert i Solà, Joaquim M. (Joaquim Maria), 1959- , editor literari II. Zarzoso, Alfons, editor literari III. Contenidor de (Obra): Michonneau, Stéphane. Los lugares de memoria: reflexiones sobre un concepto Historiográfico 1. Metges – Espanya – Història 2. Personal mèdic – Espanya – Història 3. Identitat col·lectiva – Espanya 4. Cultura material 5. Llibres electrònics

CIP 61(460)(09) LUG

Con la colaboración de:

Fundació Girona
Regió de Coneixement

Título de la colección: Salut, Cultura, Societat
Corrección del texto original: Esteve Gràcia Cano
Diseño de la colección: Documenta Universitaria

© del texto: de sus autores y autoras
© de la edición: Universitat de Girona - Edicions UdG
© de la edición: Documenta Universitaria®

DOI: 10.33115/b/9788499847634

ISBN: 978-84-8458-823-8 (Universitat de Girona)
ISBN: 978-84-9984-763-4 (Documenta Universitaria)

Gerona, octubre de 2026

Esta obra está sujeta a una licencia de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0). La licencia completa se puede consultar en: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

Universitat de Girona

Documenta Universitaria
@DocUniv
documentauniversitaria.com

Índice

La formación de las identidades profesionales relacionadas con la salud. Historia y memoria. A modo de introducción 9
Joaquim M. Puigvert, Alfons Zarzoso

I. ESPACIOS Y PROFESIONALES. HERRAMIENTAS PARA EL ANÁLISIS HISTÓRICO

Los lugares de memoria: reflexiones sobre un concepto historiográfico 39
Stéphane Michonneau

Los intelectuales y los profesionales liberales en el pensamiento de Antonio Gramsci 51
Giaime Pala

Funciones intelectuales y modernizadoras de un profesional liberal «de comarca». El caso del farmacéutico ceretano Josep Maria Martí i Terrada (1837-1917) 71
Arnau Mayans Montés, Erola Simon Lleixà

Héroe y víctima. El médico rural en el discurso corporativo de los médicos en el siglo xix 95
Víctor M. Núñez-García, Darina Martykánová

La imagen del médico en la literatura catalana en el cambio de siglo xix-xx. Del ideal regenerador a la conciencia del fracaso 125
Margarida Casacuberta

II. REPRESENTACIÓN PROFESIONAL Y LUGARES DE MEMORIA DE LA SALUD

La Facultad de Medicina de Valencia: entre historia y memoria 159
Josep Lluís Barona

Funerales de hombres de ciencia en la Barcelona del primer tercio del siglo xx 179
Alfons Zarzoso

¿Lugares de memoria en el seno de lugares de memoria? Los artefactos memoriales materializados en necrológicas y biografías médicas (Cataluña, c. 1890-1936) 209
Lluís Coromina Verdaguer

Los sacerdotes de la ciencia en los altares de la patria. Presencia y representación de los profesionales de la salud en las galerías de ciudadanos ilustres de Cataluña (1871-1936) 235
David Cao Costoya

III. ESPACIOS DE SALUD Y LA CULTURA MATERIAL EN LA MEMORIA PROFESIONAL

Los primeros pasos de los museos hispanos de farmacia. Entre la dictadura de Primo de Rivera (1923) y la de Francisco Franco (1951) 271
Antonio González Bueno

Metabolismo pedagógico: el Museo Historicomédico de la Universitat de València y la memoria en conserva (1949-2025) 289
Josep Simon

Un desafío para los lugares de memoria en el siglo xxi. Los hospitales de sangre de la Guerra Civil española (1936-1939) 333
Clara Serna Alberola

Los intelectuales y los profesionales liberales en el pensamiento de Antonio Gramsci

Giaime Pala
Universitat de Girona

Introducción

El objetivo de este texto es explicar cómo Antonio Gramsci (1891-1937) analizó al intelectual y al profesional liberal, dos figuras que normalmente son estudiadas por separado, pero que él tendió a unificar en sus *Cuadernos de la cárcel*, redactados entre 1929 y 1935, cuando se encontraba preso por el régimen fascista de Benito Mussolini a causa de su condición de dirigente comunista.[1]

Dilatando el concepto de *intelectual*, y partiendo de un enfoque más sociológico que cultural, el pensador sardo destacó la centralidad del intelectual en la vida de un país, tanto por su capacidad para cohesionar el poder político de un bloque social y afianzarlo en la sociedad civil, como por ser un sujeto indispensable para configurar una alternativa política a ese mismo poder. La primera parte del texto, pues, ilustra la visión de los intelectuales que Gramsci empezó a delinear ya antes de su arresto, en noviembre de 1926. La segunda parte, en cambio, se centra en

1 Sobre la detención de Gramsci, realizada el 8 de noviembre de 1926 a causa de las medidas excepcionales adoptadas por el Gobierno de Mussolini unos días antes (que sancionaban la definitiva instauración de la dictadura fascista), consúltese D'Orsi (2017, pp. 209-217).

cómo aplicó su concepto de *intelectual* —dentro del cual, insistimos, había de incluirse al profesional liberal— en la interpretación de la historia del *Risorgimento* y del Estado unitario italiano que realizó en los cuadernos carcelarios.

En conjunto, creemos que volver a Gramsci no es un esfuerzo baladí, ya que sus reflexiones, hoy ampliamente consultadas por investigadores de ciencias humanas y sociales de todo el mundo,[2] siguen siendo de utilidad para examinar con perspectiva histórica y pulcritud metodológica, también, a un colectivo variado y peculiar como el de los profesionales liberales de la Edad Contemporánea.

El intelectual según Gramsci

De entrada, conviene remarcar que el interés de Gramsci por el intelectual no fue inmediato y que, en todo caso, se basó en la convicción de que la cultura era un factor determinante para llevar a cabo un proceso de cambio sociopolítico. Contrariamente a una buena parte de la militancia y de los grupos parlamentarios del Partido Socialista Italiano de inicios del siglo xx, instalados en un cómodo positivismo economicista, el joven socialista Gramsci se nutrió de las obras de autores no marxistas o heterodoxos que otorgaban a la cultura, al pensamiento y a la voluntad del ser humano un papel de envergadura a la hora de ahormar políticamente el presente: en la pedagogía cultural de filósofos liberales y neohegelianos, como Benedetto Croce y Giovanni Gentile, en el credo vitalista de Henri Bergson y en el «mito político» en torno al cual Georges Sorel construyó su propuesta de sindicalismo revolucionario, Gramsci encontró sus primeras brújulas con las que orientarse en el terreno de la lucha política.[3] Como escribió en un artículo de 1916, la cultura debía concebirse socráticamente, como:

2 Véase, al respecto, la colección *Studi gramsciani nel mondo*, editada por la editorial boloñesa Il Mulino y de la cual se han publicado, desde 2007, siete volúmenes sobre la influencia cultural de Gramsci en Europa, en las Américas, en Asia y en el mundo árabe. Los libros se pueden encontrar fácilmente en la siguiente página web: https://www.mulino.it.

3 Sobre la influencia de estos autores en el joven Gramsci, véanse Losurdo, 1997, pp. 21-25; Gervasoni, 2008; Marseglia, 2010; Rapone, 2011.

> […] organización, disciplina del yo interior, dominio de la personalidad propia, conquista de una conciencia superior por la cual se llega a comprender el valor histórico que uno tiene, su función en la vida, sus derechos y sus deberes. Pero todo ello no puede ocurrir por evolución espontánea, por acciones y reacciones independientes de la propia voluntad, como ocurre en la naturaleza vegetal y animal, en la cual cada individuo se selecciona y especifica sus propios órganos de forma inconsciente, por la ley inevitable de las cosas. El hombre es sobre todo espíritu, es decir, creación histórica y no naturaleza.[4]

Aparece aquí la idea de que no era suficiente pertenecer a una capa social para desarrollar una conciencia de clase, sino que, en lo que atañe a las clases populares, esta surgiría también a través de un meticuloso y paciente trabajo de formación cultural. No se podía separar la cultura de la política: ambas formaban un nexo indisoluble.

El descubrimiento y el conocimiento por parte de Gramsci de la Revolución de Octubre de 1917, así como su adhesión al Partido Comunista de Italia (PCdI), fundado en enero de 1921,[5] no cambiaron tamaña manera de concebir la cultura. De hecho, la primera iniciativa en la que estuvo involucrado como militante comunista fue la creación, en 1919, de *L'Ordine Nuovo*, una revista semanal turinesa que se proponía articular un programa cultural para el proletariado italiano con el que encaminarse hacia una democracia obrera, partiendo de una conexión con los movimientos culturales más avanzados de la izquierda europea: desde el diálogo con la cultura francesa, y con Romain Rolland y Henri Barbusse, hasta el estudio de la vanguardia cultural rusa *proletkult*, de Aleksándr Bogdánov y Anatoli Lunacharski (Angelino, 2014, pp. 109-348; Bidussa, 2008, pp. 293-310). Como admitió Gramsci *in illo tempore*,[6] este objetivo fue logrado solo parcialmente, pero corroboró su intuición de que no podía haber emancipación social sin emancipación espiritual y cultural.

Fue en 1923-1925 cuando aumentó la atención de Gramsci por la figura del intelectual, lo cual no puede verse como una casualidad, puesto que fueron los años en que él desempeñó cargos directivos en la Internacional Comunista, asumió la Secretaría General del PCdI y, junto al núcleo

4 Fragmento del artículo «Socialismo e cultura», publicado en *Il Grido del Popolo* el 29 de enero de 1916 y consultable en Gramsci (1975, pp. 22-26). La traducción del italiano es nuestra.

5 Cuestión sobre la cual remitimos a Tafalla (2018, pp. 17-33).

6 Al respecto, véase el artículo «Il programma dell'Ordine Nuovo», publicado en *L'Ordine Nuovo* el 14 de agosto de 1920 y consultable en Gramsci (1987, pp. 619-628).

pensante de *L'Ordine Nuovo* (Palmiro Togliatti y Umberto Terracini), modificó la política del partido respecto de la línea extremista de Amadeo Bordiga.[7] Queremos decir, con esto, que su protagonismo como dirigente político le empujó a prestar atención no solo a la cultura en sí, sino también al intelectual como organizador cultural y sujeto político. Esto lo podemos observar en el ensayo *Algunos temas sobre la cuestión meridional*, que Gramsci redactó en octubre de 1926, un mes antes de ser arrestado.[8] El escrito era una respuesta a un polémico artículo de septiembre del mismo año, publicado en la revista socialista *Quarto Stato*, en el que se acusaba al grupo de *L'Ordine Nuovo* de haber encarado el problema del atraso del sur de Italia de forma simplista y demagógica, a través de la «fórmula mágica» de la disolución de los latifundios y la distribución de las tierras a los jornaleros (Gramsci, 1977, p. 305). Citando un artículo suyo de 1920, Gramsci demostró que los comunistas turineses jamás aseveraron algo parecido. Por el contrario, hizo notar que ellos fueron los primeros, dentro de la izquierda italiana, en plantear el problema del sur como una cuestión que debía solucionarse a través de un sistema de alianzas de clase que movilizara, contra el capitalismo, a las grandes masas campesinas. Concretamente, el proletariado industrial del norte debía desprenderse de su mentalidad corporativa y convertirse en una clase dirigente «nacional», recogiendo las aspiraciones y las reivindicaciones de los campesinos del resto de Italia (Gramsci, 1977, pp. 305-312).

Ahora bien, después de reafirmar esta posición, que desde el Congreso de Lyon de enero de 1926 era la posición oficial del PCdI para dar vida a una revolución italiana (Santucci, 2017, pp. 109-112), Gramsci pasaba a ilustrar la topografía social del sur, tal y como había venido creándose desde la formación del Estado unitario en 1861. En su opinión, el Mediodía (*Mezzogiorno*) italiano podía definirse como «una gran disgregación social» (Gramsci, 1977, p. 318), formada por la gran masa campesina, los grandes terratenientes y dos tipos de intelectuales: los pequeños-medios y los grandes intelectuales. A pesar de que los terratenientes eran el segmento dominante en el sur, Gramsci concentró su reflexión sobre todo en los intelectuales del sur, en primera instancia porque muchos de

7 Sobre la trayectoria política de Gramsci en 1923-1925, consúltese Somai (1979), Vittoria (2006, pp. 15-21) y Righi (2011). En cuanto a Amadeo Bordiga, fue secretario general del PCdI de 1921 a 1923. Propugnó el abstencionismo electoral, y se negó a cualquier tipo de acuerdo o colaboración política con los socialistas.

8 A causa del arresto de Gramsci, el ensayo *Algunos temas sobre la cuestión meridional* fue publicado por primera vez solo en 1930, en el órgano del Partido Comunista de Italia *Lo Stato Operaio*. Aquí seguimos la versión en castellano realizada por Raúl Crisafio e incluida en Gramsci (1977, pp. 304-326).

ellos sustanciaban el esqueleto del aparato funcionarial del Reino de Italia. Estos intelectuales se singularizaban por proceder de la burguesía rural: eran todos propietarios que no trabajaban directamente la tierra, y que esperaban obtener de ella los beneficios suficientes para que sus hijos fuesen a la universidad o al seminario; de ahí que desarrollaran una antipatía de clase por el campesino jornalero, visto como mera máquina de trabajo, y un pánico instintivo a toda forma de conflictividad laboral, en cuanto que amenaza a un orden social a ellos favorable. Así las cosas, se entiende por qué esta figura se aliase con los terratenientes hasta formar un «monstruoso bloque agrario» con el único fin de «conservar el *statu quo*» (Gramsci, 1977, p. 321). El intelectual pequeño-medio —sobre todo el que estaba ligado a las profesiones liberales o que incluso pertenecía al clero— contribuía a esta finalidad mediante el control de la burocracia y de los servicios sociales, y el culto a las leyes impersonales y a su aséptica aplicación en la vida diaria, con vistas a inocular fatalismo en las masas campesinas.

Pero igual de importantes que el intelectual pequeño-medio eran los grandes intelectuales del sur de Italia, como los liberales Benedetto Croce y Giustino Fortunato, capaces de crear una alta cultura humanista que, sin embargo, no tenía ningún tipo de contacto con la realidad material de las clases populares locales. Al elaborar un pensamiento caracterizado por un abstracto universalismo, estos prestigiosos intelectuales captaban a las mejores mentes del sur y las desviaban del análisis de los problemas de su contexto social (Gramsci, 1977, p. 323-324). El gran intelectual del sur cosmopolita y el intelectual pequeño-medio, volcado en las tareas de conservación social, eran las dos caras del intelectual como intermediario del poder de los terratenientes en el sur de Italia: directa o indirectamente, ambos tipos de intelectual creaban o apuntalaban el consenso de los trabajadores agrícolas hacia un sistema sociopolítico con un patente sesgo de clase. Ni siquiera los estudiosos de los problemas del sur que gravitaban en la órbita de la democracia radical —como el historiador pullés Gaetano Salvemini o el científico social campano Guido Dorso— pudieron escapar totalmente de este esquema: por mucho que se vieran obligados a publicar en las revistas del norte de Italia, y que sus planteamientos políticos acerca del progreso del sur fueran más modernos y concretos, cultivaban una admiración por Croce que les impedía otear un horizonte auténticamente rupturista, por no decir revolucionario, para las masas meridionales (Gramsci, 1977, p. 323).

La relevancia del texto de 1926 reside en haber sido el primer esbozo gramsciano de una teoría de los intelectuales, destinada a ser completada en los años de la prisión (Vacca, 2017, pp. 44-47). Lo era porque los veía como un segmento social con funciones de creación de consenso hacia

una determinada clase social, por lo que los intelectuales constituían una ayuda política no coercitiva al Estado y las clases dominantes (Green, 2009, pp. 63-64). Es más, *Algunos temas sobre la cuestión meridional* representó, también, un puente con la producción cultural de Gramsci de los años de la cárcel (Fresu, 2019, pp. 253-254). Como este le comentó a su cuñada Tatiana Schucht desde la prisión de Milán, en una carta del 19 de marzo de 1927, tenía la intención de retomar el estudio y de «desarrollar ampliamente» su «rapidísimo y superficial texto sobre la Italia meridional y la importancia de B. Croce».[9] Hoy sabemos que su plan de trabajo fue modificándose con los años, pero algunos temas discutidos en el escrito de 1926, como la relación entre el norte y el sur de Italia, la historia contemporánea italiana y el papel de los intelectuales, se convirtieron en asuntos centrales y permanentes de su elaboración cultural.[10]

Si queremos comprender cómo Gramsci entendió al intelectual en los *Cuadernos de la cárcel*, conviene tener presentes otras dos de sus reflexiones seminales de los años 1929-1935. La primera pivota en torno a las relaciones entre la estructura económica y las superestructuras políticas, sociales e ideológicas en la conformación del movimiento histórico. Hablamos de un problema teórico desde siempre medular en el espacio político socialcomunista y que el materialismo dialéctico que se iba imponiendo en la Unión Soviética, bajo el impulso de Stalin, resolvió de una forma mecanicista, por la cual el proceso histórico se explicaba exclusivamente por las transformaciones económicas y las relaciones de producción (Cesarale, 2015, pp. 219-225).

Consciente de que se trataba del «problema crucial del materialismo histórico» (Gramsci, 1981b, p. 167),[11] en la cárcel, Gramsci llegó a una posición a medio camino entre el economicismo determinista y el voluntarismo ideológico: aun aceptando la consigna del Prefacio de Marx a la *Contribución a la crítica de la economía política*, de que ninguna formación social «desaparece mientras las fuerzas productivas que se han desarrollado en ella encuentran todavía lugar para su ulterior movimiento progresivo» (Gramsci, 1999, p. 193), lo cual apuntaba a unos límites objetivos de tipo económico a la voluntad del ser humano, se convenció

9 Gramsci (2013, p. 56). La traducción del italiano de estos fragmentos de la carta de Gramsci del 19 de marzo de 1927 es nuestra.

10 Sobre la evolución del plan de trabajo de Gramsci en la cárcel, véase Mordenti (1996).

11 Hemos preferido utilizar aquí la edición crítica de los *Cuadernos de la cárcel* de la editorial mexicana Era, publicada en diferentes tomos entre 1981 y 2000 y traducida al castellano por Ana María Palos (revisada por José Luis González). En el momento en que escribimos este texto (septiembre de 2023), la publicación de los tomos de la edición crítica de los *Cuadernos de la cárcel* de la editorial Akal aún no había finalizado.

de que los nexos entre el ámbito económico y el ámbito político-cultural habían de estudiarse caso por caso, y «ser desarrollados críticamente en todo su alcance y depurados de todo residuo de mecanicismo y fatalismo» (Gramsci, 1999, p. 194). En los *Cuadernos de la cárcel*, esta idea trasmutó en una visión por la que la estructura y la superestructura formaban un conjunto complejo, cuya «reciprocidad» e interacción entre sus dos partes generaba el «proceso dialéctico real» (Gramsci, 1984, p. 309). En otras palabras, tal vez más sencillas, Gramsci señaló que un sujeto político tiene un vasto margen de autonomía y puede modificar la realidad, pero solamente si su subjetividad político-cultural expresa realismo y destreza para operar en un marco socioeconómico determinado. De ahí que las relaciones de fuerzas entre las varias facciones políticas que pugnan en todo contexto histórico sean determinadas por el nivel de homogeneidad y autoconciencia políticas que cada una de ellas alcanza dentro de una estructura económica dada.[12]

La segunda reflexión gramsciana que es menester tener presente antes de hablar del intelectual va ligada al concepto de *hegemonía política*. En breve, Gramsci sintetizó con este sintagma la idea según la cual, en un Occidente capitalista caracterizado por la inserción plena de las masas en la vida política, y por sociedades civiles robustas y ramificadas, el poder ya no podía sustentarse solamente en el control de los aparatos y las herramientas de un Estado —como el ejército y la policía, la diplomacia, y los poderes legislativo y ejecutivo—, sino que también debía ganarse el consenso de la mayoría de los ciudadanos a través de una dirección política convincente, por medio de la cual alcanzar niveles de desarrollo económico y sociocultural superiores. La hegemonía política era, pues, el resultado de una estrategia que combinaba la fuerza del poder estatal con formas de adhesión a un proyecto partidista más alineado que otros con la modernidad europea.[13]

El convencimiento de que la esfera superestructural era un factor fundamental de la transformación social, y que el poder era sólido y duradero en la medida en que fuera capaz de engendrar consenso en la ciudadanía, resaltaba inevitablemente al intelectual como figura protagónica de la escena política. De ahí la abundancia de notas que Gramsci dedicó a este sujeto en los *Cuadernos*.

12 Una excelente y filológicamente rigurosa explicación de este punto del pensamiento gramsciano puede leerse en Cospito (2011, pp. 19-75).

13 Acerca del concepto gramsciano de *hegemonía*, véanse Gruppi (1978); Cospito (2004, pp. 74-92); Frosini (2010, pp. 210-240); Ucuassapi (2019, pp. 51-68).

Sin considerar ahora su convicción más íntima de que todos los hombres son intelectuales —porque «no existe actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual» (Gramsci, 1986, p. 382)—, pero no todos ejercen como tales en la sociedad, en las notas carcelarias, Gramsci partió de la premisa de que no existe una categoría de intelectuales independientes de las clases sociales; cada clase social crea a sus intelectuales o, cuando menos, todo intelectual acaba aproximándose a una clase social concreta. Gramsci llegó a esta conclusión tras haber visualizado a dos tipos específicos de intelectuales. El primero es el que llamó *intelectual tradicional*, que describió como un erudito que presume —en nombre de valores absolutos y atemporales, como la verdad y el conocimiento— de autonomía, y de estar por encima de los conflictos políticos y de las transformaciones materiales de su entorno, como los filósofos idealistas de la Italia unida *à la* Benedetto Croce y el primer Giovanni Gentile, o el Julien Benda de *La traición de los clérigos* (Gramsci, 1981b, pp. 187-190). Se trataba de una figura cardinal, no solo porque influía en la opinión pública, sino también porque este intelectual, supuestamente imparcial, casi siempre acababa insertándose en las luchas de su tiempo y apoyando las políticas conservadoras de las clases dominantes:

> [Estas categorías de] intelectuales tradicionales sienten con «espíritu de cuerpo» su ininterrumpida continuidad histórica y su «calificación», de igual manera se ven a sí mismas como autónomas e independientes del grupo social dominante; esta autoposición no carece de consecuencias en el campo ideológico y político, consecuencias de vasto alcance (toda la filosofía idealista puede fácilmente conectarse con esta posición asumida por el complejo social de los intelectuales y se puede definir la expresión de esta utopía social por la que los intelectuales se creen «independientes», autónomos, revestidos de características propias a ellos solos, etcétera. Hay que señalar, sin embargo, que si el papa y la alta jerarquía de la Iglesia se creen más ligados a Cristo y a los apóstoles que a los senadores Agnelli y Benni, no sucede lo mismo con Gentile y Croce, por ejemplo; Croce, especialmente, se siente fuertemente ligado a Aristóteles y Platón, pero no oculta, tampoco, que está ligado a los senadores Agnelli y Benni

> y es precisamente en esto donde hay que buscar el carácter más relevante de la filosofía de Croce). (Gramsci, 1986, pp. 354-355)[14]

Si bien Gramsci pensara que el movimiento comunista tenía que medirse con ellos, al final dirigió su mirada, sobre todo, hacia otro tipo de intelectual: el que es expresión de la función que cada clase social ejerce en el ámbito económico. Este intelectual sí es plenamente consciente del compromiso político inherente a su labor; Gramsci lo llamó «orgánico», después de centrar su principal característica en una nota del cuaderno 12:

> ¿Cuáles son los límites «máximos» de la acepción de «intelectual»? ¿Se puede encontrar un criterio unitario para caracterizar igualmente todas las diversas y dispares actividades intelectuales y para distinguir éstas al mismo tiempo y en forma esencial de las actividades de los otros agrupamientos sociales? El error metodológico más difundido me parece el de haber buscado este criterio de distinción en lo intrínseco de las actividades intelectuales y no, por el contrario, en el conjunto del sistema de relaciones en el que aquéllas (y por lo tanto los grupos que las encarnan) vienen a encontrarse en el complejo general de las relaciones sociales. (Gramsci, 1986, p. 355)

En este párrafo, algo críptico, Gramsci fijaba las características de un tipo de intelectual que no se define solo por su trabajo estrictamente profesional, ni por separarse del mundo del trabajo manual, sino por la función que desempeña dentro de un sistema socioeconómico. El intelectual orgánico, por ende, es aquel que está ligado al mundo de la producción, y que es un producto de la clase social en que se ha formado, y a la cual proporciona unas mayores homogeneidad y operatividad políticas con sus saberes profesionales. Cae por su propio peso que una figura de este tipo no es un intelectual normal y corriente, o parecido al intelectual tradicional: el empresario capitalista que innova, el obrero especializado que domina la tecnología de la sociedad industrial, el profesional liberal que ejerce de intermediario entre la sociedad civil y la Administración pública a través de sus servicios, o incluso el sindicalista

14 Gramsci cita aquí a Giovanni Agnelli (1866-1945) y a Antonio Stefano Benni (1880-1945), que fueron los fundadores, respectivamente, de la empresa turinesa de coches FIAT y de la empresa metalúrgica milanesa Marelli, además de ser senadores del Reino de Italia en los años veinte y treinta.

o el dirigente de un partido político particularmente atentos a las dinámicas sociales de su entorno, todos ellos pueden ser encuadrados como intelectuales orgánicos en cuanto que contribuyen, con su práctica social y profesional, al fortalecimiento y el posible liderazgo de su clase social sobre la sociedad entera. Semejante intelectual se configura así como un «teórico organizador», es decir, un actor político que trabaja en la sala de motores del poder que ejerce (o que aspira a ejercer) una clase social, que provee a esta de una dirección política fuerte y que expande socialmente su proyecto, y que amplifica y orienta hacia su clase de referencia el consenso de los ciudadanos (Filippini, 2015, pp. 187-192). La consecuencia última de esta manera de ver las cosas era la anulación de la histórica separación entre trabajo manual y trabajo intelectual: en una sociedad capitalista sumamente compleja y tecnologizada, la división entre el *homo faber* y el *homo sapiens* tendía a esfumarse (Gramsci, 1986, pp. 381-382).

De modo que, para las clases trabajadoras italianas, la obrera y la campesina, era vital crear su propia categoría de intelectuales orgánicos que les permitieran competir políticamente y dominar el proceso productivo capitalista con vistas a su posible transformación en un sentido socialista. El pasaje de la «subalternidad» política de las clases trabajadoras a la «autonomía», esto es, a la capacidad para tener una visión integral de la sociedad y presentar una propuesta viable de dirección sociopolítica, pasaba por esta intelectualidad de masas, diseminada en todos los intersticios económicos del país (Voza, 2008, pp. 58-62; Mordenti, 2011, pp. 79-82). A este respecto, y de acuerdo con una concepción leninista, debía ser el partido político revolucionario el instrumento que seleccionaría y formaría a la nueva intelectualidad orgánica. Esta organización transformaría a los mejores cuadros de las clases trabajadoras en organizadores de todas las funciones inherentes al desarrollo de una sociedad civil y política (Gramsci, 1981b, p. 190). Y la creación de esta nueva categoría de intelectuales, a su vez, iba a poner al partido revolucionario en condiciones de elevar política e intelectualmente no solo a sus militantes, sino a las clases subalternas en su totalidad hasta «construir un bloque intelectual-moral» (Gramsci, 1986, p. 252) que incidiera en la vida política y conquistara el consenso de los intelectuales tradicionales, desde luego útiles para la batalla de las ideas, pero históricamente ligados a las clases dominantes (Gramsci, 1986, p. 356). En conclusión, el partido en el que pensaba Gramsci era aquel que, por un lado, debía proponerse superar la distinción entre dirigentes y dirigidos, en virtud de un progreso cultural colectivo de los subalternos y para crear un autogobierno de los productores, y, por el otro, que iba a realizar una soldadura entre el intelectual orgánico y el intelectual tradicional con la

que proyectar una vigorosa hegemonía política de las clases trabajadoras sobre toda la sociedad.

Intelectuales y profesionales liberales en la historia contemporánea de Italia

Como se ha dicho en la introducción, en los *Cuadernos de la cárcel* Gramsci no se limitó a meditar sobre la figura del intelectual, sino que también averiguó la eficacia de sus reflexiones aplicándolas a la interpretación del proceso de formación y consolidación del Estado unitario italiano; una interpretación por medio de la cual esperaba obtener una mejor comprensión de las causas que determinaron el hundimiento del régimen liberal y la instauración de la dictadura fascista en la Italia de la primera posguerra mundial (D'Orsi, 2014, p. 59).

Para empezar, Gramsci se ocupó del *Risorgimento*, que, lejos del relato hagiográfico oficial, por el cual la unificación fue el resultado de una nación italiana que luchó unida por hacerse Estado, lo explicó como un proceso agriamente disputado en los años 1850-1860 entre, por un lado, un sector democrático-republicano liderado por el Partido de Acción de Giuseppe Mazzini, y, por el otro, una derecha liberal-conservadora peninsular, que tuvo en el gobierno del Reino de Cerdeña —con sede en Turín y guiado en esos años por Camilo Benso, el conde de Cavour— a su catalizador y mayor vector político. En su opinión, la victoria final de la opción monárquica en el *Risorgimento*, que supuso la extensión de las leyes piamontesas a toda Italia y la transformación del Reino de Cerdeña de los Saboya en Reino de Italia en 1861, se debió a que el gobierno de Cavour expresó una más madura «subjetividad» política, entendida como habilidad para descifrar su presente político y operar de manera tan realista como creativa (Gramsci, 1999, pp. 199-200). El suyo fue el único gobierno italiano que no renegó de las constituciones liberales otorgadas en Italia en 1848, y que supo llevar adelante una firme política laicista respecto del Vaticano, que entonces era uno de los obstáculos a la unificación de la península; fue también el único ejecutivo que apostó por una modernización capitalista de tipo inglés, razón por la que su Estado encarnó un modelo de progreso económico, frente a las anquilosadas economías de los otros Estados italianos; además, el Gobierno turinés utilizó con pericia el arma de la diplomacia para sumar

aliados internacionales (Inglaterra y Francia) en su lucha contra el Imperio austríaco por la hegemonía en el norte de Italia, e hizo un uso inteligente de la fuerza militar en 1860, en el marco del asalto armado al Reino de las Dos Sicilias.

Dejando de lado el análisis pormenorizado de todos estos factores, para lo cual remitimos al lector interesado a otro trabajo nuestro (Pala, 2021, pp. 63-107), nos interesa ahora dilucidar cómo —según Gramsci— el gobierno de Cavour implicó, en su proyecto de potenciación política del Reino de Cerdeña, a los intelectuales y profesionales liberales de la península, que en la primera mitad del siglo XIX ya habían experimentado un desarrollo político y corporativo autónomo. En efecto, en los años posteriores al Congreso de Viena de 1814-1815, que sancionó la tutela del Imperio austriaco sobre la península y la reintroducción del absolutismo en sus Estados, sobresalieron revistas culturales y profesionales como *Il Conciliatore*, *Antologia*, *Giornale agrario* o *Guida dell'Educatore*, que tejieron redes de sociabilidad organizada, y que trataron todos los problemas económicos y culturales «que interesaban a los elementos más progresistas de la época» (Gramsci, 1984, p. 121). Por citar aquí dos ejemplos que ofreció el mismo Gramsci, estas revistas pusieron a la orden del día el tema de la reforma de los métodos de enseñanza y de aprendizaje en un sentido más laicista, más moderno, e intensificaron la tendencia a la homogeneización político-cultural de los intelectuales liberales a través de los nueve congresos científicos de ciencias naturales y sociales que, entre 1839 y 1847, se celebraron en diferentes ciudades de Italia (Gramsci, 1999, p. 417). En definitiva, en estas publicaciones se formaron los cuadros político-intelectuales de la burguesía que lideraría el *Risorgimento* en los años cincuenta (Gramsci, 1984, p. 121).

La brillantez de Cavour consistió en evitar que este capital intelectual, tan potente como presente en cada uno de los territorios italianos, se dispersara tras el fracaso de las revueltas liberales de 1848-1849 y que confluyera en la órbita política piamontesa en 1850-1860. Lo consiguió llevando a cabo la ya citada modernización político-económica del Reino de Cerdeña, pero también, y tal vez, sobre todo, ensamblando una clase dirigente formada por «intelectuales orgánicos» —o, más precisamente, una versión potenciada de ellos que Gramsci adjetivó como «condensados»—, que eran expresión directa de una burguesía en ascenso:

> Los moderados [piamonteses] eran intelectuales «condensados» ya naturalmente por la organicidad de sus relaciones con los grupos sociales de los que eran expresión (para toda una serie de ellos se realizaba la identidad de representado y representante, o sea que

> los moderados eran una vanguardia real, orgánica de las clases altas, porque ellos mismos pertenecían económicamente a las clases altas: eran intelectuales y organizadores políticos y al mismo tiempo jefes de empresa, grandes agricultores o administradores de fincas, empresarios comerciales e industriales, etcétera). Dada esta condensación o concentración orgánica, los moderados ejercían una poderosa atracción, de modo «espontáneo», sobre toda la masa de intelectuales de todo grado existentes en la península en estado «difuso», «molecular», por las necesidades, aunque fuese elementalmente satisfechas, de la instrucción y de la administración. (Gramsci, 1999, p. 388)

El razonamiento de Gramsci indicaba que los piamonteses se ganaron el consenso de los intelectuales italianos, porque les demostraron cómo la burguesía podía ser una de las clases sociales protagonistas de un país unitario más moderno que los pequeños Estados absolutistas en los que vivían, y que estaban controlados por las aristocracias rentistas. Estos intelectuales, que a la vez eran casi siempre profesionales liberales, veían en los políticos piamonteses un ejemplo de lo que podían llegar a ser y de cómo se podían crear «nuevas esferas de actividad económico-productiva» de tipo capitalista. Se entiende por ello que trabajaran en sus respectivos territorios para que el Gobierno de Turín hegemonizara el proceso de unificación. La península italiana se llenó así de «intelectuales orgánicos» del Reino de Cerdeña, que prepararon políticamente el terreno para su expansión territorial.

Según Gramsci, esta cualidad de los *cavourianos* resaltaba aún más si se la comparaba con la falta de «organicidad» del Partido de Acción de Mazzini. El espacio del patriotismo republicano, que debería haber sido el gran movimiento de la democracia burguesa en Italia, fracasó en su intento de acaudillar la unificación italiana, porque dio la espalda a las necesidades materiales de la clase media culta y las clases subalternas. Esto ocurrió porque tenía una idea de Italia abstracta, retórico-literaria, totalmente desvinculada de la realidad que vivían los italianos (Gramsci, 1999, p. 390). Sin capacidad para estudiar las características económicas y sociales de la península, y, por tanto, para elaborar propuestas políticas practicables con las que concitar adhesiones mayoritarias en la población italiana, el republicanismo cayó muy pronto en la subalternidad política. Es por ello por lo que los intelectuales republicanos más pragmáticos y preparados no tuvieron más remedio que separarse de Mazzini, y colaborar con el gobierno del Reino de Cerdeña, desde luego más conservador que ellos, pero que era el único sujeto que operaba de forma tangible para

alcanzar cuando menos la unidad de Italia (Gramsci, 1999, p. 189). El mazzinismo acabó convirtiéndose en un instrumento en las manos de Cavour, habida cuenta de que este cooptó a sus mejores hombres y capitalizó la única iniciativa republicana verdaderamente eficaz en la fase crucial del *Risorgimento*, esto es, la expedición militar de Giuseppe Garibaldi en el Reino de las Dos Sicilias de 1860: a la hora de la verdad, los republicanos se vieron obligados a permitir la anexión del sur de Italia, que ellos habían conquistado militarmente, al Reino de Cerdeña, porque solo el Gobierno de Cavour estaba en condiciones de gestionar política y técnicamente un proceso de unificación tan delicado como complejo (Pala, 2021, pp. 101-103).

La historia del *Risorgimento*, en suma, le confirmaba a Gramsci la importancia de los intelectuales y los profesionales liberales en la lucha política. En otro sentido, pasó lo mismo en los años 1861-1922, comúnmente conocidos como el periodo de la «Italia liberal».[15] Aun subrayando algunos límites de la política de Cavour, que murió de malaria precisamente en 1861, Gramsci vio la fase liberal del Reino de Italia como un evidente paso atrás respecto del *Risorgimento*, porque los nuevos gobernantes nunca tuvieron la inteligencia del gran estadista turinés, ni poseían una visión integral de la economía y de la política italianas como la suya (Gramsci, 1984, p. 78). Efectivamente, la vida parlamentaria del nuevo Reino se concentró, desde el primer momento, en dos grandes áreas liberales, llamadas *derecha* e *izquierda*, difícilmente distinguibles entre ellas, y alineadas con las directrices de la monarquía y la gran burocracia del Estado. El mayor defecto de las clases dirigentes liberales consistió en impulsar un desarrollo socioeconómico marcadamente desigual entre el norte y el sur del país, hasta el punto de que las dos mitades de la península italiana podían ser vistas como países distintos (Gramsci, 1999, p. 408). Fue en especial en los años de la izquierda cuando se aceleró esta fractura geográfica y social: presidentes del Gobierno como Agostino Depretis (1876-1887) y Francesco Crispi (1887-1891 y 1893-1896) impusieron una política económica proteccionista que duró hasta el fascismo, y que estaba pensada para dotar rápidamente al país de un potente aparato industrial, concentrado en el norte (Gramsci, 1984, pp. 392-393). El precio más caro de esta decisión lo pagó el sur, ya que el proteccionismo impulsó, en sus latifundios, una producción cerealística de tipo extensivo, en detrimento de producciones intensivas de calidad y alta productividad.

15 La bibliografía sobre la Italia liberal es enorme. Pero, al menos en lo que se refiere al periodo 1861-1900, el lector puede leer con provecho Romanelli (1990).

Este modelo, además de sufrir la crisis agraria europea de los años setenta y ochenta, provocó la migración de millones de campesinos y reforzó el control político del Mediodía por parte de caciques vinculados a los terratenientes. En los últimos veinte años de la centuria decimonónica, pues, se consolidó un bloque social que apoyó la acción de la clase política liberal, formado por los industriales norteños y los latifundistas del sur, para cuya defensa corporativa los gobiernos no dudaron en emplear métodos brutales de represión en los recurrentes episodios de descontento popular (Gramsci, 1984, p. 393). Y, lo que es peor, el desequilibrio entre norte y sur, tal vez inevitable en los inicios del Reino de Italia para crear una primera base industrial, fue descrito por los próceres liberales como un hecho inalterable y estructural:

> La hegemonía del Norte habría sido «normal» e históricamente benéfica, si el industrialismo hubiese tenido la capacidad de ampliar con un cierto ritmo sus cuadros para incorporar constantemente nuevas zonas económicas asimiladas. Entonces esta hegemonía hubiera sido la expresión de una lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre lo progresista y lo atrasado, entre lo más productivo y lo menos productivo; se hubiera dado una revolución económica de carácter nacional (y de amplitud nacional), aunque su motor hubiera sido temporal y funcionalmente regional. Todas las fuerzas económicas habrían sido estimuladas y a la diferencia hubiera sucedido una unidad superior. Pero no fue así. La hegemonía se presentó como permanente; el contraste se presentó como una condición histórica necesaria por un tiempo indeterminado y por lo tanto aparentemente «perpetua» por la existencia de una industria septentrional. (Gramsci, 1981a, p. 187)

El problema del atraso del sur se volvió al fin crónico en 1900-1914, etapa que los historiadores suelen llamar *edad giolittiana*, por el protagonismo que adquirió a la sazón Giovanni Giolitti, un experimentado político piamontés del liberalismo progresista que fue presidente del Gobierno en 1903-1909 y 1911-1914.[16] Gramsci observó cómo, durante sus mandatos al frente del ejecutivo, Giolitti consolidó el proteccionismo industrialista y la dualidad norte-sur mediante una nueva y atrevida política de concesiones sociales a los obreros del norte, y hasta concediendo el sufragio universal masculino en 1912. A través de una colaboración parlamentaria con la dirección

16 La mejor monografía acerca de la edad de Giolitti es la de Gentile (2018).

del Partido Socialista Italiano y el diálogo con el sindicato de izquierdas Confederazione Generale del Lavoro, el estadista piamontés cooptó a las fuerzas sociales que en teoría deberían haberle hecho una dura oposición.[17] En el norte se configuró, así, un nuevo «bloque urbano» (Gramsci, 1999, p. 409), formado esta vez por los capitalistas y una aristocracia obrera que, en aras de una política industrialista más avanzada, aceptó el mantenimiento del *statu quo* en el sur latifundista. El movimiento obrero de la época, por consiguiente, se tornó un puntal de la conservación social. Ante tal situación, el sur se quedó «reducido a un mercado de ventas semicolonial, a una fuente de ahorros y de impuestos» (Gramsci, 1999, p. 409), y se le mantuvo disciplinado a través, por un lado, de medidas represivas contra las manifestaciones de insubordinación de los campesinos y, por el otro, mediante favores personales a los intelectuales locales «bajo la forma de empleos en las administraciones públicas, permisos de saqueos impunes de las administraciones locales, una legislación aplicada menos rígidamente que en otras partes […]» (Gramsci, 1999, p. 410).

Este era el panorama aún vigente en la posguerra mundial y que Gramsci analizó en 1926 en *Algunos temas sobre la cuestión meridional*. Algunos años después, el intelectual sardo retomó el problema de los intelectuales italianos en la historia reciente de Italia en el cuaderno carcelario número 12; en sus páginas, advirtió que la división socioeconómica entre el norte y el sur del Reino de Italia había producido, al mismo tiempo, dos tipos diferentes de intelectuales: los «intelectuales de tipo urbano» y los «intelectuales rurales». Los intelectuales urbanos eran los que predominaban en el norte de la península, que habían sido generados por la industria; en ella trabajaban y de ella dependía su suerte. Gramsci los identificaba con los dirigentes y cuadros intermedios de fábrica. Su cometido podía ser comparado con el de los oficiales subalternos en el ejército: no tenían posibilidad de llevar adelante iniciativas autónomas, sino que debían poner en contacto a la masa obrera con la clase capitalista, llevar a cabo la ejecución de los planes de producción establecidos por el estado mayor de la industria y supervisar todas sus fases. En general, se trataba de intelectuales estandarizados, esenciales para el correcto funcionamiento de la producción industrial, pero con una escasísima influencia política en el obrero (Gramsci, 1986, pp. 358-359). Según el parecer de Gramsci, si la clase obrera en general, y el partido revolucionario en particular, hubiesen formado un nutrido grupo de obreros conocedores

17 La denuncia de la cooptación *de facto* de las fuerzas obreras de inicios del siglo xx por parte del sistema de poder de Giolitti aparece constantemente en los escritos de Gramsci, incluidos los juveniles. Véase, al respecto, Savant (2011, pp. 179-186).

del sistema industrial moderno —como pasaba en esa FIAT que tanto interesó a *L'Ordine Nuovo* en 1919-1920—,[18] podrían haber atraído a la causa revolucionaria a este tipo de profesional.

Diferente era el caso de los intelectuales de tipo rural, predominantes en el sur y que Gramsci identificaba sobre todo con los profesionales liberales clásicos. Estos últimos ponían en contacto a la masa campesina con la Administración estatal o local, por lo que su «mediación profesional» terminaba confundiéndose con una «mediación política» (Gramsci, 1986, p. 359). ¿Esto qué quiere decir? Que en una sociedad sin servicios sociales públicos y con un Estado que aún no estaba plenamente desplegado en sus funciones sociopolíticas, los profesionales liberales, a través de su práctica profesional, canalizaban consenso y estabilizaban el sistema de poder, que giraba en torno a los latifundistas y a sus hombres políticos de confianza. Estos cumplían, por lo tanto, un trabajo político relevante. Además, en el campo del Mediodía, «el intelectual (cura, abogado, maestro, notario, médico, etcétera) representa para el medio campesino un modelo social en la aspiración a salir de su propia situación para mejorar» (Gramsci, 1986, p. 359); el campesino pensaba que al menos uno de sus hijos podía llegar a ser intelectual, elevando el nivel de vida de la familia y facilitándole una red de contactos sociales para perpetuar su nueva condición económica. El profesional liberal del sur, en resumen, actuaba políticamente de dos maneras: como agente indirecto de los sectores sociales dominantes y como disgregador de la conciencia de clase que los campesinos podían madurar por su penosa situación social. Por ello, Gramsci creía que era imposible comprender la vida colectiva de los campesinos del sur sin estudiar en detalle su «subordinación efectiva a los intelectuales: todo desarrollo orgánico de las masas campesinas, hasta cierto punto, está vinculado a los movimientos de los intelectuales y depende de ellos» (Gramsci, 1986, p. 359).

A modo de conclusión

A tenor de lo expuesto hasta ahora, resulta evidente que, para Gramsci, el estudio del intelectual era de capital importancia para la comprensión del pasado y el presente de un país. En primer y principal lugar, porque

18 Cfr., al respecto, Spriano (1972).

su idea de intelectual iba mucho más allá de la figura de cultura humanista que creaba opinión a través de sus libros y de sus intervenciones en la prensa; en realidad, el intelectual era todo aquel que tenía una función en el proceso productivo y en la conformación de clase de una sociedad, por lo que un profesional liberal debía ser considerado un intelectual a todos los efectos.

En consecuencia, este tenía que ser estudiado partiendo de la premisa de que no existe una categoría de intelectuales independientes, desligados del resto de la población, y que se relacionan entre ellos de forma horizontal y con espíritu de casta; existen, más bien, intelectuales/profesionales liberales que proceden o se vinculan a clases sociales diversas, y que tienden a entrar en conflicto en la medida en que también sus áreas sociales de referencia vayan adquiriendo protagonismo y operatividad política. Verbigracia, el éxito del Reino de Cerdeña en el *Risorgimento* se basó en generar una clase dirigente formada por intelectuales, y por profesionales liberales que ejercieron un fuerte ascendiente sobre la burguesía culta y empresarial del resto de Italia, por haber construido el régimen más liberal y económicamente moderno de la península. Sin necesidad de adherirse a la facción democrática y republicana de Mazzini —por otra parte, confusa y políticamente estéril—, esos intelectuales y profesionales cumplieron una función progresiva, porque contribuyeron a crear un Estado unitario pavimentado sobre una cultura política más avanzada que el esclerotizado absolutismo que dominaba la vida de los viejos Estados dinásticos.

Por el contrario, en los años unitarios, ejercieron un rol más regresivo porque, máxime en el sur de la península, colaboraron activamente con el bloque sociopolítico que respaldaba la política proteccionista e industrialista de la clase dirigente liberal, en nombre de la cual las masas campesinas del sur fueron abandonadas a su suerte. Se colige de ello que los intelectuales/profesionales liberales no eran un segmento social intrínsecamente conservador ni socialmente transformador, sino que formaban un colectivo que había de estudiarse atendiendo las características de clase de cada sociedad y las estrategias de sus clases dirigentes para ejercer una sólida dirección sociopolítica. Dicho de otro modo, la historia de los intelectuales y los profesionales liberales es uno de los fragmentos que componen la más amplia historia de la lucha por la hegemonía política, la cual, para un marxista como Gramsci, debía vertebrar toda investigación de historia social y política que se preciara de ser seria y persuasiva.

Bibliografía

Angelino, C. (2014). *Gramsci al tempo de L'Ordine Nuovo (1919-1920). Un intellettuale di vedute europee*. Editori Internazionali Riuniti.

Bidussa, D. (2008). La cultura politica degli ordinovisti. En F. Giasi (Ed.), *Gramsci nel suo tempo* (pp. 293-310). Carocci.

Cesarale, G. (2015). Filosofia e marxismo tra II e III Internazionale. En S. Petrucciani (Ed.), *Storia del marxismo. I. Socialdemocrazia, revisionismo, rivoluzione (1848-1945)* (pp. 169-228). Carocci.

Cospito, G. (2004). Egemonia. En F. Frosini y G. Liguori (Eds.), *Le parole di Gramsci. Per un lessico dei «Quaderni del carcere»* (pp. 74-92). Carocci.

Cospito, G. (2011). *Il ritmo del pensiero. Per una lettura diacronica dei «Quaderni del carcere» di Gramsci*. Bibliopolis.

D'Orsi, A. (2014). *Gramsciana. Saggi su Antonio Gramsci*. Mucchi Editore.

D'Orsi, A. (2017). *Antonio Gramsci. Una nuova biografia*. Feltrinelli.

Filippini, M. (2015). *Una politica di massa. Antonio Gramsci e la rivoluzione della società*. Carocci.

Fresu, G. (2019). *Antonio Gramsci. L'uomo filosofo*. Aipsa Edizioni.

Frosini, F. (2010). *La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei «Quaderni del carcere» di Antonio Gramsci*. Carocci.

Gentile, E. (2018). *Le origini dell'Italia contemporanea. L'età giolittiana*. Laterza.

Gervasoni, M. (2008). Mito politico e morale dei produttori: il confronto con Georges Sorel. En F. Giasi (Ed.), *Gramsci nel suo tempo* (pp. 707-725). Carocci.

Gramsci, A. (1975). *Scritti giovanili, 1914-1918*. Einaudi.

Gramsci, A. (1977). *Escritos políticos (1917-1933)*. Ediciones Pasado y Presente.

Gramsci, A. (1981a). *Cuadernos de la cárcel* (Tomo 1, Cuadernos 1 y 2). Ediciones Era.

Gramsci, A. (1981b). *Cuadernos de la cárcel* (Tomo 2, Cuadernos 3, 4 y 5). Ediciones Era.

Gramsci, A. (1984). *Cuadernos de la cárcel* (Tomo 3, Cuadernos 6, 7 y 8). Ediciones Era.

Gramsci, A. (1986). *Cuadernos de la cárcel* (Tomo 4, Cuadernos 9, 10, 11 y 12). Ediciones Era.

Gramsci, A. (1987). *L'Ordine Nuovo, 1919-1920*. Einaudi.

Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel* (Tomo 5, cuadernos 13, 14, 15, 16, 17, 18 y 19). Ediciones Era / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Gramsci, A. (2013). *Lettere dal carcere, 1926-1937*. Sellerio.

Green, M. E. (2011). Subalternità, questione meridionale e funzione degli intellettuali. En G. Schirru (Ed.), *Gramsci, le culture e il mondo* (pp. 53-70). Viella.

Gruppi, L. (1978). *El concepto de hegemonía en Gramsci*. Ediciones de Cultura Popular.

Losurdo, D. (1997). *Antonio Gramsci dal liberalismo al «comunismo crítico»*. Gamberetti Editrice.

Marseglia, M. (2010). *La formazione culturale di Antonio Gramsci (1910-1918)*. Aracne.

Mordenti, R. (1996). Quaderni del carcere di Antonio Gramsci. En A. Asor Rosa (Dir.), *Letteratura italiana. Le opere* (Vol. IV, tomo 2, pp. 553-629). Einaudi.

Mordenti, R. (2011). *Gramsci e la rivoluzione necessaria*. Editori Riuniti University Press.

Pala, G. (2021). *La fuerza y el consenso. Ensayo sobre Gramsci como historiador*. Comares.

Rapone, L. (2011). *Cinque anni che paiono secoli. Antonio Gramsci dal socialismo al comunismo (1914-1919)*. Carocci.

Righi, M. L. (2011). Gramsci a Mosca tra amore e politica (1922-1923). *Studi Storici, 52*(4), 1001-1038.

Romanelli, R. (1990). *L'Italia liberale (1861-1900)*. Il Mulino.

Santucci, A. (2017). *Antonio Gramsci, 1891-1937*. Sellerio.

Savant, G. (2011). Giovanni Giolitti: un Machiavelli in sessantaquattresimo. En A. D'Orsi (Ed.), *Il nostro Gramsci. Antonio Gramsci a colloquio con i protagonisti della storia d'Italia* (pp. 179-186). Viella.

Somai, G. (1979). *Gramsci a Vienna. Ricerche e documenti, 1922/1924*. Argalia.

Spriano, P. (1972). *L'occupazione delle fabbriche. Settembre 1920*. Einaudi.

Tafalla, J. (2018). Presentación. Para soldar el presente con el porvenir. En A. Gramsci, *Allá donde la voluntad quiera y como la voluntad desee. Escritos sobre jacobinismo, bolchevismo, Lenin y la Revolución rusa* (pp. 13-62). El Viejo Topo.

Ucuassapi, A. M. (2019). *Il pensiero politico di Antonio Gramsci. Per una rivalutazione dei concetti di egemonia e società civile*. Mimesis.

Vacca, G. (2017). *Modernità alternative. Il Novecento di Antonio Gramsci*. Einaudi.

Vittoria, A. (2006). *Storia del PCI, 1921-1991*. Carocci.

Voza, P. (2008). *Gramsci e la «continua crisi»*. Carocci.

Este libro colectivo ofrece una visión panorámica sobre el papel de los lugares de memoria y la cultura material en la construcción de las identidades profesionales en el campo de la salud, en especial de médicos y farmacéuticos, en la España contemporánea (siglos XIX, XX y XXI). Se estudia un gran y diversificado elenco de lugares de memoria en sus respectivos contextos políticos y sociales: monumentos, nomenclátor de calles, biografías y necrológicas, galerías de ciudadanos ilustres, museos, oficinas de farmacia, hospitales, funerales, obras literarias e historiográficas. El principal objetivo es mostrar el papel proactivo de múltiples instituciones (reales academias, facultades universitarias, cátedras de historia de la medicina y la farmacia, colegios profesionales) en la promoción de sendos lugares de memoria para dar mayor legitimidad social e histórica y visibilidad pública a las profesiones sanitarias. El libro no soslaya las cuestiones teóricas y conceptuales, ya sea sobre el propio concepto historiográfico de lugar de memoria, las diferencias entre historia y memoria o el rol de los profesionales liberales como intelectuales.

Documenta Universitaria
@DocUniv
documentauniversitaria.com

Universitat de Girona

Fundació Girona
Regió de Coneixement